





de esos borrajeadores de libros insulsos que no dejan alma nacida á quien no cuentan sus *triumfos literarios*, pavoneándose de ver sus nombres en letras de molde, como si tal honor no lo dispensase el mundo también á los irracionales!

Hecha esta reflexión *in petto*, comencé la lectura.

El interés que despierta la obrita de mi estimable profesor va creciendo á cada capítulo sin decaer nunca; de tal modo, que una vez que se comienza el libro no es posible dejarle de la mano. Yo lo leí de una tirada, y aunque no soy muy versado en la lengua francesa, pude apreciar regularmente las bellezas que encierra.

Inútil sería encomiar su mérito después de haberlo hecho tan satisfactoriamente el subdirector de la *Revue de Famille*; quiero, no obstante, hacer algunas observaciones para la mejor inteligencia del libro.

*Le voyage de William Willoughby* pertenece á esa literatura inofensiva y por desgracia no muy cultivada, que lejos de extraviar los corazones juveniles con tentaciones peligrosas y cuadros nada edificantes, coadyuva eficazmente al perfeccionamiento moral é intelectual de los individuos, incitando á la vez á la práctica de las virtudes y al estudio de las ciencias.

En una palabra, es una novela por el estilo de las de Julio Verne, si bien en mi concepto las aventaja en el acierto de la ejecución.

El autor de la *Isla Misteriosa*, en efecto, no siempre consigue su objeto: en algunas de sus obras consagra capítulos enteros á determinados puntos científicos, cuya enseñanza es el fin principal de la obra; de suerte que el lector, impaciente por reanudar el hilo de la acción, salta estas disertaciones puramente didácticas y defrauda así los designios del novelista.

El Doctor Michaud, en cambio, sin tener la inventiva asombrosa de Julio Verne, sabe interpolar con más habilidad la ciencia entre los episodios novelescos, obligando al lector á no pasar por alto ni una sola línea y á digerir en pequeñas dosis lecciones interesantísimas de Física, de Química y de Historia Natural.

Desde el punto de vista literario se descubren innumerables bellezas en *Le voyage de William Willoughby*: caracteres perfectamente delineados, encadenamiento natural en los hechos, primores de estilo y finos donaires; todas estas buenas cualidades del libro me han incitado á hacer de él una traducción para "Costa Rica Ilustrada," á riesgo de estropear sus bellezas con mi inducta pluma. Yo, sin embargo, aconsejaría al público la lectura, no de mi descolorida traducción, sino del original fran-

cés: sólo de este modo podría saborearse bien la novela del Doctor Michaud, y estimarse en su justiprecio el mérito del autor.

C. GAGINI.

## Dialoguillos.

(Inédita.)

**D**IME morenita, dime, me falta mucho camino para llegar... ¡pero escucha! al cercano pueblecito?

—Pos yo no sé, pero andando bien apriesa, *escoterito* puede que llegue esta tarde antes de que den las cinco.

—¿Sabes, morena...?

—¿Qué *isia?*

—Yo... con franqueza te digo... bajo el sol que ahora está haciendo ya me siento casi frito... no soporto, estoy cansado por no decirte molido; si fueras tan compasiva que me dieras tu permiso de descansar un momento en ese corredorcito... . . . . .

—Pos yo por mí nada tiene pero... . . . . .

—No es ningún delito; ¿dar posada al caminante no nos manda el catecismo? no te causo ningún daño, porque soy hombre pacífico; solamente... estoy sediento de tus mejillas de lirio... . . . . .

ven acá, no seas huraña aplaca el ceño bravío que en una muchacha linda ese es un pecado inicuo... . . . . .

—Sólo la vírgen es linda, mi mama siempre me ha dicho y mejor es que se vaya, de pronto viene padrino que no le *cuelan* las chanzas á que *ustedes* tan *indinos!*... . . . . .

—Pero no te pongas brava... . . . . .

—*Me creo* que no lo he mordido; siempre somos las del campo *la comida* de los ricos.

—Yo rico? pues! millonario!... . . . . .

Tengo entre el pecho un bolsillo tan apretado, tan lleno, que mas bien es mi martirio: lo quieres? pues no desprecies sus tesoros infinitos que al mirarte, á ti ya vuelan en besos, ay! y en suspiros... . . . . .

—*Ti* se le dice á los perros.

—(Uy! no perdamos el tino;) no quererte? si en tu rostro miro lucir confundidos con celajes de la tarde arreboles del estío; si tus ojos melancólicos retratan tan á lo vivo

la oscuridad indecisa y las brumas de estos sitios? y me figuro que tienes el corazón mas blanquito que esos fustanes que lavas entre las ondas del río, acércate, flor galana no desdenes mi cariño... . . . . .  
—Galanas llaman las yeguas.  
—(Eso sí que es divertido!)  
Dispénsame, no es ofensa... . . . . .  
—Dispensar? no soy obispo.  
—Tienes razón; ¡pobrecilla!  
—Solo el diablo es pobrecito que perdió *pa* siempre el cielo y... váyase á su camino.  
—(Pues señor, una Lucrecia hecha á golpe de cuchillo!)  
adios! (horroroso ingerto, de arpia ó de basilisco.)!

Agosto de 1888.

N. Caro de Aragón

La preciosa carta que á continuación insertamos fué recibida aquí cuando comenzó á exacerbarse la ruidosa lucha política que terminó el 5 de Noviembre; cuando güelfos y gibelinos, con los ojos puestos en el disputado triunfo, no teníamos pensamientos ni manos sino para la acometida y la defensa. Claro está que en aquellos momentos cualquiera publicación ajena á la cuestión que tan reciamente se debatía hubiera pasado inadvertida, y la carta con que ahora vamos á obsequiar á los lectores de "Costa Rica Ilustrada" habría corrido sin duda, á pesar de todas sus bellezas, esa inmerecida suerte. Nos alegramos, pues, de haberla conservado hasta ahora para nuestro exclusivo deleitamiento. Hoy su publicación, no por tardía deja de ser oportuna, puesto que los trabajos literarios siempre lo son, y el público podrá saborear tranquilamente y apreciar en su justo mérito esta hermosa producción de un joven que por su talento hace honor a nuestra patria y al puesto que ocupa en el exterior, y que por sus aptitudes especiales está destinado á dar brillo á las letras costarricenses.

J. A. F.

Madrid, 26 de Mayo de 1888.

Señor don Justo A. Facio.

San José.

Mi muy querido amigo.

Por mis cartas anteriores habrás sabido como paso mi vida aquí en Madrid, ajena á peripecias, desprovista de impresiones y un si es no es monótona. Tres meses va á hacer pronto que estoy en la villa coronada, que yo con más gusto llamo ombligo de España, como decía Lope de Vega, y en estos tres meses, aparte de lo que ve y de lo que siente cualquiera que llega á una gran capital, y olvidándome de la recepción que hubo en el Palacio Real el día del santo de S. M. el Rey niño, hasta ahora no ha pasado nada que merezca la pena de contarte. Entiendo, por supuesto, que merece la pena sólo aquello que tenga algo de novedad, que no sea describirte el Museo del Prado ó una sesión de las Cortes, que me haya tocado en algo



á mí, lo cual, de seguro sería indiferente para otros pero no para tí que eres mi amigo.

Dejo para otra oportunidad contarte de la recepción á que me referí antes, la gracia que me hizo el real Bebé, que en brazos de su niñera vestida de raso, pasaba por entre los grandes de España, quienes ante él inclinaban la cabeza con respeto profundo, y el crispamiento de nervios y tartamudeo que me atacó cuando S. M. la Reina, después de la presentación de estilo, me preguntó: "Cuándo ha llegado? ¿le gusta Madrid? ¿cómo le va con el frío?" A pesar de que por la simpática figura y por la amabilidad de S. M. yo hubiera podido exclamar como Pipo en La Mascota "la Reina es como una cualquiera" te confieso que me turbé un tanto cuando me dirigió la palabra. Al fin yo no había visto hasta ese día más reyes que los del naípe y los del teatro. Pero dejo para otra carta el hablarte de esto detalladamente y paso á contarte mi aventura de antenoche, que desde ahora te anticipo que queda escrita en el libro donde apunto los malos recuerdos.

Pues es el caso que Sir Clare Ford, Embajador de S. M. B., tuvo la ocurrencia para bien de muchos y fastidio mío de dar un baile en su Palacio de la calle de Torrija. Don Manuel, que es poco aficionado á bailes, dicho sea de paso, me previno que puesto que yo no había asistido al de la Embajadora de Francia ni á los del Teatro Real, á los cuales había sido invitado, debía ir á éste para que tuviera oportunidad de conocer el gran mundo. Heme aquí á las nueve de la noche, preparando mi casaca, poniendo los botones á la camisa, sacudiendo el polvo al clak y pensando, pensando en muchas cosas.

Era el momento de la ilusión, era la hora en que podía soñar. Pérez Escrich, con perdón de tu buen gusto literario, fué quien despertó mi curiosidad por el gran mundo. Al nacer mis aficiones por la lectura, sus obras fueron las primeras que cayeron en mis manos. Yo devoré las páginas de "La Semilla del Bien", "El Pan de los Pobres", "La Mujer Adúltera", y todas las demás pócimas que el susodicho novelista ha propinado á las gentes de mal gusto y á los muchachos que no lo tienen ni bueno ni malo. En esos libros ví yo la descripción de las grandes fiestas de la aristocracia: por ellos supe que había duquesas intrigantes, marqueses sietemesinos que se baten, condesitas de diminuto pie y grandes ojos que van á pasear el *camish* á la fuente Castellana. Anoche, mientras me vestía, el recuerdo de aquellas novelas revivió en mi mente. Duquesas del otro mundo, nobles de novela, tipos de mil leyendas, yo los iba á conocer. Estaría á su lado, me codearía con ellos, respiraría su misma atmósfera. De hoy más ya no serían para mí desconocidos, no los consideraría como habitantes de la luna sino como mortales que comen, beben y..... le pisan un callo á cualquiera que lo tenga.

Francamente tenía ilusiones por la tal reunión. Yo me imaginaba que en ella iba á encontrar algo encantador: que por arte mágica me iba á colar en un palacio de todas y á gozar allí de las delicias supremas; veía dibujarse, como término saliente del ensueño, una marquesita rubia, remonísima, de figura entre temida y osada, que lánguidamente me extendía su mano y con voz argentina contestaba á los

cumplidos de la presentación. ¡Ay, Marquesita, que efímera has sido!

Serían las once y media de la noche cuando entráramos al baile. Don Manuel me enseñaba los personajes notables que pasaban á nuestro lado. Aquél, me decía, es el Capitán General Jovellar, este otro alto y de presencia tan distinguida es el Duque de Fernán-Núñez, aquella señora de simpática figura y elegantísimo traje es la Duquesa de Alba, esta otra que tiene una corona y el pelo suelto, es la célebre Duquesa de la Torre, viuda del General Serrano. Suspendió su reseña para contestar el saludo que le hacía el Representante de China.— Con anchos pantalones de seda, con sus pantuflitos de pico de lora y con su bonetillo terminado por una bolita de cristal, el chino presentaba un curioso contraste con la multitud de fraques y chalecos blancos. Es tan feo como cualquier Lanfó de los que andan por Costa Rica.

Don Manuel se separó de mí y se dirigió á saludar á un sujeto de quien es grande amigo y el cual es célebre, no por su sangre azul, sino por ser el padre de la muchacha más bella y más espiritual que ha tenido España: Pepita Jiménez.

Un tipo tan simpático como Valera, no lo hay en tierra de moros ni de cristianos, y esto lo digo á pesar de que me tiene muy resentido. Por culpa de su encantadora conversación, especie de opio que hace olvidarse de todo, don Manuel se olvidó de mí. Me dejó sólo. La revista de tipos quedó trunca y yo empecé á sentirme disgustado. Estar en medio de una multitud de personas desconocidas, donde por fuerza se ha de callar, donde se siente uno envuelto por el frío del aislamiento, principie por ser fastidioso, después se torna incómodo y al prolongarse se convierte en un suplicio. No hay papel más desairado que el de las personas que en los bailes se ven obligadas á hacer *tapisserie*, sobre quienes si se fija la mirada es con impertinente curiosidad.

Me había quedado plantado junto al Ministro chino, aun á riesgo de que me tomaran por su Secretario, porque me era imposible moverme. A mi lado estaban dos señoritas que en ese momento entraban, y que echando á un lado los lujosos abrigos de pieles dejaban al desnudo las blancas espaldas y los redondos brazos. En los semblantes de aquellas muchachas se adivinaba el placer. Llenas de juventud y de belleza, con el alma repleta de ilusiones deberían sentir dilatarse el corazón y hacer voluptuosos esperezos como quien sedesentumece, antes de arrojarse en las ondas de felicidad que les brindaba una noche de tan halagüeñas promesas. Con el buen humor natural en quien tiene sus años y su cara, aquellas damitas agarraron la primera rama que se les presentó para divertirse. "Buenas noches, señor Ministro. cómo está U.?" y una de ellas, la más bonita, extendió su enguantada mano. "Bueno, bueno, contestó el chino y también extendió su mano amarillenta, para estrechar la de la joven.— Ella, sin soltar la diestra del selestial empezó con una serie de preguntas picarescas, que de seguro ponían en un potro á su interlocutor, quien á duras penas entendía y contestaba por monosílabos. Poco respetuosa con el Ministro y con un aire de malicia que le saltaba por los ojos y por los labios juguetones aquella muchacha se acercaba al chino como á un animal raro, al que

de buena gana le habría tirado de los ralos y largos bigotes.

El contraste que formaban aquellas dos personas era de lo más vivo. Medio inclinada hacia adelante, saliendo de entre una onda de seda y encaje, que tal parecía la túnica que la envolvía, la muchacha dejaba ver sus redondos hombros y el nacimiento de su turgente seno. Su rubia madeja de pelo exhalaba un perfume delicioso. El brazo blanco, cual chorro de nieve maciza, se unía con el brazo del chino envuelto en ancha manga de seda azul. Este á su vez sacaba su faz cobriza de entre la seda de que estaba cubierto.

Yo observaba. A mi derecha unos ojos rasgados, chiquillos, sin vida, una nariz chata y esponjada, unos bigotes como cerdas cubriendo á medias la boca. A mi izquierda una figura divina, de afelpado cutis, con una boquita diminuta y unos ojuelos traviosos. Una camelia y un cardo, un dije de oro ligado con un informe pedazo de cobre, la suprema belleza meridional en contacto con la fealdad repelente del asiático.

Pero á todo esto don Manuel no parecía.— A mi alrededor todo el mundo se saludaba, se estrechaba la mano, se daba bromas. Los diálogos cortos y atropellados: aquellos de "me acompañará Ud. en el próximo vals," "cómo está su hermana?" "habrá llegado Lola", "abróchame este guante", toda esa multitud de frases sueltas que con el *hors d'oeuvre* con que se abre el apetito de los que se preparan para entrar en un salón de baile se prodigaban en el sitio donde yo me había quedado.

Pasé á otro salón porque allí me sentía muy sólo. La mar de gente. Con mil y un trabajos logré atravesarlo y unirme á don Manuel, á quien divisé conversando con el Encargado de Negocios de Bolivia. "Muéstrame á la célebre Carmen Fontanar", le dije. "Ahí la tiene U." me contestó señalándome una muchacha que nos pasaba por enfrente. Era la misma del diálogo con el Ministro chino.

Carmen Fontanar es como quien dice el sol de Madrid. El *consensus populi* la ha proclamado la reina de la belleza. No hay periódico que en su revista de sociedad no principie por decir: si ella estaba, el traje que vestía, el peinado que se había hecho y hasta el color de sus zapatillas, y si no estaba por lamentar su ausencia.— Sagasta, el submarino Peral y Carmen Fontanar, he aquí las tres secciones invariables de los periódicos de la villa. Sección política: "Sagasta hizo ó dejó de hacer tal cosa" etc., etc., con el consiguiente séquito de elogios ó denuestos, según la color de la hoja. Sección de ilusiones, que es la más rica: El submarino Peral progresa. Muy pronto el gran descubrimiento....." y aquí lo que cada español buen patriota desea. Sección de diversiones: Carmen Fontanar vestía anoche un elegante traje color de rosa, etc., etc."

Es una mujer adorable, hay que confesarlo. Pero ¿será amor patrio ó será justicia? creo que en Costa Rica no sería la primera sino la tercera de nuestras bellas. A pesar de lo que digan los periódicos de Madrid, yo la colocaría después de las dos costarricenses cuyo nombre huelga decir. Creo firmemente que después de nuestras dos adorables criollas la madrileña merece el mejor lugar.

Mi carta no tiene fin. Fuerza es buscárselo porque á los hombres ocupados como tú no



se les debe quitar el tiempo. Mientras yo me ocupaba en estudiar detenidamente la figura de la celeberrima Carmencita, don Manuel le daba el brazo á la señora del Ministro de Marina y se alejaba.—Volví á quedarme sólo. El vacío de la indiferencia me rodeaba. Veía bailar, veía gozar, sentía el amor palpitando á mi lado, la amistad se ocupaba en hacer caricias á los suyos. Yo, el único, estaba en un desierto, en el peor de los desiertos, como dice Chateaubriand.

Total: dos horas después de mi entrada al baile pedí mi abrigo, me envolví bien porque hacía un frío de todos los demonios, consumí las manos en los bolsillos y á casa. Ya en mi cama, y sintiendo la vaga modorra que precede al sueño, empecé á hacer recuerdos. Las aristocráticas damas, los chalecos blancos de los gomosos, la redonda figura de Sir Clare Ford se iban borrando de mi imaginación, y en cambio, envuelto en suave perfume y produciéndome una vaga tristeza llegaba á mi memoria el recuerdo de los bailes en Costa Rica. Cuántas caras conocidas, cuántos amigos, cuántas citas con que mi programa se enorgullecía.

Allá er. una puerta veía á Benjamín Piza, conversando con Mr. Rofoil y á Tobías y Camilo en un grupo con Ricardo Marchena: por otro lado te veía á tí dando el brazo á L., el Ministro Zelaya le hacía cortesías á doña C. Pedro González se apuntaba una mazurka en el programa de M.: Carlota, Roberto, Las Argüello, Lolita, Ricardo Pacheco cantando á media voz: "tiene mi linda Juana", don Procopio con su contrabajo preludiando el vals "Bataille de Fleurs".....me dormí.

Tu amigo verdadero,

LEONIDAS PACHECO.

## Una confesión.

—o—

**N**O tiene más de diez y seis abriles;  
El candor se revela en su mirada,  
Y de su voz los tonos infantiles,  
Gorgeos son del mirlo en la enramada.

De rodillas al frente de un anciano,  
En algo grave la muchacha piensa,  
Pues se aprieta con una la otra mano,  
Mientras tiñe su rostro la vergüenza,

—Ocultar un pecado es gran delito,  
Que el cielo á la criatura no perdona:  
De tu conciencia el insistente grito,  
El rubor de tu faz ya lo pregona.

Vamos, no calles, la verdad pronuncia,  
Que Dios todo lo ve, todo lo sabe,  
Y quien se porta como tú, renuncia  
A poseer del sacro edén la llave.

—¿Acaso algún iustante de amargura,  
Desobediente á tu familia diste?  
—No cometí esa falta, señor cura....  
—Murmuradora alguna vez tú fuítes?

Por desgracia ha mentido ya esa boca?  
Turbó la envidia tu tranquilo pecho?  
—Todo eso, padre mío, es cosa poca.  
—Entonces dí, para concluir, qué has hecho?

De esperar, hace rato estoy cansado,  
Y es al fin mi prudencia muy escasa:

Te lo exijo: cuál es ese pecado?  
Que me gusta Pepito, el de la plaza,

Sonrióse el sacerdote: con paciencia  
Extrajo su petaca, tomó un polvo,  
Y dijo: Dios conserve tu inocencia,  
Que, por hoy, con placer *ego te absolvo*.

CARLOS A. IMENDIA.

## LAS FLORES EN LA NATURALEZA AMERICANA.

### Dedicado á mi querida hermana

Ana M<sup>a</sup> Guzmán de Lacayo,

en su natalicio.

**N**o sólo enunciar este tema, el lector ansía ver el desarrollo de ese variado cuadro de todas las armonías de la naturaleza, porque las flores nos brindan la miel de sus cálices, nos traen el embeleso de la primavera con los suaves perfumes de las irisadas corolas, el arrullo de tórtolas, el himno canoro de las aves, las aterciopeladas alas de las mariposas batiendo en los tintes armoniosos de los crepúsculos de oro, el cristal de las fuentes y el azul infinito de los cielos, libro inmenso abierto á la santa y universal meditación de todos los mortales.

A los prístinos rayos del astro-rey, la aurora con sus lágrimas de rocío, vertidas sobre los pétalos como diluvio de diamantes, viene á reanimar el luciente esmalte de los prados y el suave perfume de las flores; las gentiles corolas se mecen al soplo puro de las aulas matinales aromatizando el ameno pensil de las praderas, formando á los campos eterno escabel de incomparable belleza, cuadro de encantados edenes pintado por Dios con todos los tesoros de la luz divina.

Las rosas, reinas del prado, se yerguen ufanas sobre flexible tallo, abiertas á la vivificante lumbre del sol que filtrando sus rayos á través del irisado palio de las nubes, envía su calor para realzar las galas y donosura de una naturaleza encantadora, batida en una esfera de cristal y de gualda; belleza y prototipo de todas las zonas, gloria de América, miriorama soberano, en donde la fantasía envuelta en gratos ensueños se eleva á los augustos dominios de la inspiración en los piélagos infinitos del espacio y en los insondables arcanos de la esperanza.....!

Estamos en Julio.—¿Cuál es el primer fenómeno que observamos en el mundo vegetal?

La vida renace á las primeras caricias de la primavera: los yermos desaparecen; el oasis en robusta supervivencia ya no alterna con el sudario del bosque deshojado. A los primeros efluvios del rocío, plantas y árboles muestran su faz sonriente en medio de los floridos campos; la materia dormida é indolente es sacudida por el gran foco de luz y movimiento, motor de la vida universal, gran dinamo cuya luz vivifica á todos los seres y alumbra lleno de eterno resplandor la magestad de la naturaleza y la inmortalidad de las especies.

El grano se hincha; absorbe oxígeno; asimila ácido carbónico. Por el calor, la luz y la electricidad las yemas se dilatan; el tierno tallo con su corona de hojas busca el cenit; la radícula por igual fuerza de *polaridad* desciende ha-

cia el centro de la tierra hasta que la lluvia que nutre y el sol que vivifica, desarrollan hojas y botones, ramas, flores y frutos que vienen á ser la túnica de la llanura salpicándola de matices, de infinitas arborescencias que confunden su múltiple verdor con el azul de los horizontes y los variados tintes de las auroras. Y así las flores, cuando la selva ha revestido su manto de imperial pompa, vienen á ser el más elevado simbolismo de la naturaleza, en cuyo altar encuentran guirnaldas las puras frentes de las vírgenes, galardón el valor de los héroes, palmas las virtudes sublimes de los mártires.

En medio de cada esperanza hay una flor, como en medio de cada infortunio hay una mujer que nos consuela y enjuga una lágrima.

Sobre el pecho de una mujer hermosa brilla siempre una flor.

La inocencia va coronada de flores y se duerme en su lecho pensando en ellas; y como misteriosa analogía entre flores y mujeres, casi siempre una flor es la imagen de un amor, el recuerdo de una esperanza, el depósito de un afecto.

Dios creó la mujer para fortalecer en el hombre las pasiones nobles y el amor que es el incentivo de la vida, como creó las flores para semblanza y embeleso de las mujeres.

Sobre cada tumba brota una *cineraria* ó una *inmortal* cobijadas por la sombra de los cipreses. Y es que hasta en la muerte las flores forman la cadena de los recuerdos entre el cielo y la tierra, la última ofrenda que ponemos sobre el féretro de los amados muertos para purificar el letal aliento de la fosa, y que el último perfume se encierre en la lobreguez de la tumba con las últimas lágrimas que el corazón amante derrama por los seres queridos que un día formaron nuestra ventura y la urna santa y mística de la familia.

Las flores cándidas, las que adornaron la frente pura de la novia en los momentos felices del amor, se conservan como una dulce religión en el relicario inestimable de los recuerdos.—Pero las que el pérfido mundo arroja, en medio de adulaciones y engaños, hieren y matan la pureza del alma y la paz bendita del corazón.

La flor del pudor es la que exhala en espirales de luz el perfume del corazón casto que sube al cielo como un tributo del hombre hacia la Divinidad.

Las metamorfosis de la vida vegetal no se realizan del mismo modo en todos los puntos del globo. Mientras que en los inclementes suelos del polo, los musgos líquenes y licopodios, únicos habitantes de los desiertos de hielo, apenas revisten pobre follaje, de pálido tinte como el cielo que los cubre, en el Ecuador y bajo nuestra espléndida zona, la vida se derrama en hirviente catarata por montes y valles, formando el soberbio manto de gala con que se cubre esta vivaz y magestuosa naturaleza, posada entre una naciente y vigorosa civilización que tiene para sí la abundancia y el imperio de los mares.

Observad hoy los campos: fertilizantes lluvias han empapado las tierras robusteciendo la vegetación y las flores, y esas gotas desprendidas de los árboles, condensadas por la satura-



vió á su cuarto instantáneamente y sin darse cuenta de sus pasos se acercó á un espejo, delante del cual se arregló el peinado, se alisó las cejas y tomó su abanico.

Cuando llegó á la sala de recibo, encontró á don Roque dando sacudidas y apretones de manos á ambos jóvenes. Doña Inés saludó con despejo y naturalidad. Espinosa no pudo articular palabra alguna, limitándose á una respetuosa cortesía, despues de lo cual habló de todo, principalmente de la lluvia, del tiempo y de la luz eléctrica, que esa noche estaba ausente. Delgado que conocía el secreto del mutismo de su amigo procuró distraerlos á todos con sus picantes y oportunas frases, dirigiendo de vez en cuando una expresiva mirada á su amigo para recordarle su posición.—Por lo que hace á don Roque, tan susceptible cuando se trataba del señor Racosky, no se le pasaba por las mientes que el verdadero rival, el terrible rival y enemigo de su quietud y de su felicidad lo tenía tan cerca y tan amenazante. Lejos de eso, Julio era el preferido, y no dejaba pasar ocasión de traerlo á su casa, de acercarlo á doña Inés y aun de obligar á ésta á salir á paseo y al teatro con Espinosa.

La conducta de don Roque era tan natural y de tal modo se ajustaba á lo que habitualmente sucede en casos semejantes, que casi no nos atrevemos á burlarnos de su *buen carácter*.

A las nueve de la noche el criado anunció á doña Elvira de Río Seco, su hija Delfina, don Andrés Córdón y don Lorenzo Racosky. Don Roque cometi6 la grosera imprudencia de no dar la mano á este último; pero éste no se dió por entendido y tomó posesión de una butaca junto á doña Inés. Una estrepitosa carjada de Andrés, sin motivo alguno, puso de buen humor á la concurrencia. Racosky, serio y grave preguntó al joven Córdón “¿por qué Ud. reírse sólo? La contestación fué una nueva carcajada acompañada de manoteos y golpecitos en el hombro de Racosky. Este tomó la mano de Andrés diciendo “Ud. no tener el derecho á tocar mí; ese sólo hacérselo los amigos y Ud. no tener ese honor.

Mientras unos celebraban la lección recibida por Andrés y otros reprochaban la dureza de Racosky, tres corrientes eléctricas se cruzaban de tal modo que á ser ofensivas habrían destruido y aniquilado el edificio y sus habitantes; una partía de los ojos de Julio y terminaba en la dulce figura de doña Inés; otra salía del alma de Delfina dirigiéndose á Julio, y la tercera menos persistente que las anteriores pero más cargada de tempestades, venía de Racosky y moría en derredor de Delfina.

He aquí el cuadro que con más frecuencia nos presenta la sociedad. El amor naciendo donde no se espera, caminando para donde nadie lo sigue. El amor inflamándose sin motivo, desapareciendo cuando está mas robusto y aniquilándose cuando se convierte en ciclón. Se dice que el amor atraé el amor; nada de eso: el amor ve menos que los ciegos: oye menos que los sordos y disparata más que los dementes. El amor es cometa cuyo origen, derrotero y velocidad son desconocidos.

Delfina notó por primera vez la pasión que consumía á Julio, y, para su mayor tormento, le fué preciso convenir que doña Inés era digna de tal fuego. Como ella no podía figurarse que

hubiera mujer que desdeñara los obsequios de Julio, no dudó ni un instante que doña Inés correspondiera á tan natural afección. Respecto á don Ropue, nos preguntaremos ¿por qué no se fijaba en la conducta de Julio respecto de doña Inés y si era atraído por la más pequeña muestra de cortesía de Racosky, para su señora?

Porque el pobre mercader y negociante no había de ser excepción de la regla de que siempre la humanidad se cura del mal que no tiene, y descuida y no pone remedio al mal que le carcome.

Racosky comprendía que algo extraordinario pasaba en aquella reunión, al parecer tan sin emociones aparentes. Para dar un poco de animación á los concurrentes, suplicó á Picolina que cantara, acompañándose del piano, alguna romansa aprendida en el colegio.

Delfina no se hizo de rogar, pero manifestó que no podía acompañarse ella misma sin papel. El polaco le suplicó que recordara alguna canción nacional ó inspirada la música á la letra por un costarricense. Luego dirigiéndose á Julio le rogó que acompañara á la Picolina. Espinosa maquinalmente dejó su asiento y se acercó al piano. Andrés se creyó en la obligación de ofrecer su brazo á Delfina y la condujo al lado de Julio. Todos rodearon á los dos jóvenes.

Ni Delfina ni Julio eran artistas pero siendo el arte y la poesía el resultado del sentimiento, aquellos dos corazones que rebotaban pasión debían de ser manantial de notas sublimes y así lo fueron. El piano, ese instrumento generalmente tan mudo y prosaico, cuando Julio comenzó á pulsarlo buscando un prólogo ó preliminar á la música que se iba á ejecutar, no pareció una máquina de sonidos: el piano lloraba, si se nos permite esa expresión, y de las manos de Espinosa se desprendían verdaderos lamentos de melodía y tristeza.

Delfina ya conmovida, dejó la tierra y se trasportó al país de las ilusiones sin término. Su voz temblorosa al comenzar fué tomando tales entonaciones, que atrajo las miradas involuntariamente de su acompañante. La letra de la canción fué compuesta en San Ramón en 1881, por el joven costarricense don David Hine y la música por el malogrado artista don Manuel Gatiérrez. La primera es como sigue:

## ¡¡Perdón!!

Yo te adoraba, sí, y el fuego lento  
De la pasión más grande que he sentido  
Aumentaba en mi pecho entristecido  
La acerba pena de un resintimiento.

¡Perdón, mi amor! perdona si atrevido  
Quise arrancar de mi alma el sentimiento  
Y darle libertad al pensamiento  
Arrojando tu imagen al olvido.

Fué una esperanza vana é ilusoria;  
Yo no puedo existir sin tu mirada,  
Yo no puedo vivir sin tu memoria;

Sin tu tierno cariño, Julia amada,  
Yo no quiero virtud, no quiero gloria,  
No quiero libertad, no quiero nada.

Mas al segundo verso una lágrima ardiente se deslizó por la mejilla de Julia.

Delfina lo notó.....y si esa lágrima quemaba el cutis del uno, para la otra se convirtió en torrente de fuego que calcinaba el corazón por que comprendía quien era, la que tal dolor causaba.

Racosky que no podía explicarse lo que sentía, se dirigió á una ventana y la abrió para buscar aire. Andrés aplaudía con la manos y se reía diciendo: “qué divertida está la cantada.” Doña Inés, pálida, con la mirada vaga, pero con la actitud plácida de la mujer esclava de su deber. Don Roque sentía un malestar desconocido y no separaba su vista de Racosky. Delgado siempre en su papel de modelo de amistad decía al que quería oírlo que Julio sufría una irritación en los ojos por lo cual parecía á veces como que lloraba.

En medio de este foco de sentimientos que anunciaban gruesas tempestades para lo futuro, se oyó un fuerte ruido en la puerta de la calle causado por los culatazos de varios fusiles, al descansar ó apoyar las culatas en el suelo; á esto siguieron tres fuertes golpes en la puerta y una voz hueca, imponente, que llamaba en nombre de la ley.

Todos quedaron inmóviles y silenciosos; doña Inés fué á abrir la puerta y entraron sin miramiento alguno varios soldados, fusil en mano, precedidos de un capitán veterano. Este sin saludar ni aun tocarse el kepi, preguntó quienes eran los llamados Roberto Delgado y Julio Espinosa. Ambos jóvenes se adelantaron manifestando ser ellos los nombrados. “De orden del General en Jefe, síganme, señores.”

Racosky preguntó qué clase de autoridad era la que daba tales órdenes brutales, y el oficial encarándosele le dijo que nada le importaban semejantes asuntos.

(Continuará.)

## CRONICA DE CARTAGO.

UNOche la casa que habita la recién casada pareja don Abel Pacheco y señora Emilia Tinoco, fué el centro de la alegría más completa. La elegante sala de espaciosas dimensiones, había sido lujosamente preparada para la ocasión; en ella resaltaba especialmente la parquedad de los adornos con el gusto con que habían sido distribuidos. Bien se conoce que allí tenía su asiento, con fácil cultura, la verdadera educación aristocrática, y daban realce á tanta belleza, la gallardía de la señora de casa unida á su exquisita amabilidad y buen trato, que nos hacía sentirnos en una atmósfera de buen tono, que sólo da el alto coturno vestido desde muy temprano.

Desde las nueve de la noche el amplio salón estaba de bote en bote, con una concurrencia tal de señoras y lucidas señoritas, como muy pocas veces se ha visto reunida. Sin exageración se puede decir que lo más florido y granado de la sociedad josefina y cartaginesa, se había dado cita en aquel lugar para olvidar en el dulce abrazo de Terpsícore, las faenas cotidianas, y pasar alegres las horas entregados sin reserva al Dios Cupido y sus achaques. Y cierta-



ción del aire, son las lágrimas de la aurora que van á subir hasta la cima para enaltecer las altas copas, madurar los racimos y preparar las simientes para nuevas evoluciones. Aquí el jacinto alterna con la nítida azucena ó con los varios tintes de los búcaros y nardos que parecen sumergir su blancura en el velo de las nubes; la trepadora *pasionaria* serpentea por los elevados troncos mostrando sus solitarias y curiosas flores; las variadas *crisantemas* y las azules *lobelias* y *betunias* se esparcen en las chinias por el prado como lluvia de carmín y orla del estanque; los encendidos *tulipanes*, de recortadas franjas, se yerguen sobre sus verdes pedúnculos como lenguas de fuego saliendo de aurea copa; las *talias* y *calceolarias* asoman sus pintadas frentes entre el lustroso follaje de los *esquinsuches*; la perfumada *violeta* oculta humilde sus flores que con arrogancia lleva la beldad americana sobre sus cabellos de ébano; y al lado de ella están la púdica *camelia* y la exhuberante *magnolia*, reinas altivas de la blancura; los *jazmines* y *resedas* hacen gala de perfumes y pureza; luce el *heliotropo* sus colgantes ramos y la *capuchina* de purpurino gorro parece besar ansiosa las bellas colores de las *fuchsias* que se balancean sobre el rojo *jasmín de Virginia*; descuellan sobre la alfombra de mil matices de los jardines, las *rosas* con sus infinitas especies, honor del verjel, señoras de los pensiles, esmaltándolos con sus pétalos de seda y grana, derramando esencias y néctares de los Dioses al lado de las *siemprevivas*, emblemas de la corona del sufrimiento, vestales de las tumbas en donde parecen yacentes imágenes en torno de los corazones muertos, de los recuerdos extinguidos, de las esperanzas yertas acompañando siempre al hombre infortunado en su peregrinación hacia Dios; y sobre toda esta poética estancia se muestra hoy una vegetación exuberante, un cielo sonriente, eternamente límpido mirando estos prodigios; un sol mensajero del amor de las flores, y como supremo dosel de esta mansión encantadora del trópico, están las altas cimas de las palmeras balanceando sus verdes cabelleras, como vigías sublimes de estas zonas privilegiadas. Y mientras que en Europa vemos levantarse los crepúsculos matinales iluminando aquí y allá góticas torres de castillos y catedrales, campos de pobres cultivos, prados y jardines artificiales de escasa vida, pedida á viva fuerza al abono; aquí la naturaleza cubierta de múltiples dones y de religioso silencio, exhibe sus maravillas en alegre fiesta para dar tributo de adoración á Dios, entre el primaveral ropaje de los árboles, la esencia de las flores, las armonías de las aves, los átomos animados de incesante vida, los hálitos de fuego que cruzan la tierra y las lánguidas luces de las constelaciones, eternas luminarias de la noche, suspendidas en la inmensidad de la bóveda celeste; espectáculo tanto más imponente y grandioso, cuanto que en este vasto escenario no hay abatimientos posibles, ni tristezas, ni dolores, ni gemidos, ni congojas, sino la invocación del progreso reservado á este continente y la revelación clara del supremo destino de estos pueblos á través de las revoluciones del tiempo y de la historia.

Puntarenas, 26 de Julio de 1890.

DAVID J. GUZMÁN.

(Continuará).

## Acrostico.

(IMPROVISACIÓN.)

A ve de paso, vate proscrito,  
ADE tengo el vuelo, y á lo infinito  
DE llevo el alma cuando te veo.  
LE uz de los cielos es tu mirada  
LI tu sonrisa bella alborada.....  
VA l verte, Adelia, nadie es ateo!!

V.

Julio de 1890.

## ARTICULO NUEVO.

“**P**ALABRAS, palabras, palabras! dijo Hamlet, profundamente disgustado.

Hablar bien es difícil ciencia. Probamos cuanto decimos así: emociones experimentamos todos, pero tal fenómeno pueden explicarse pocos y consiguientemente se encuentran escollos peligrosos y desconocidos dondequiera y dicesse frecuentemente contrasentidos y disparates garrafales. Entender es relacionar: expresar es siempre explicar, hablar, decir. Palabras son solamente ideas ó ideas son intelecciones. Esto y aquello es igual cosa. Charlar y hablar son fenómenos idénticos fisiológicamente. Muchos solamente charlan; hablan poquísimos; todos pensamos ó ideamos mentalmente.

Expresar es doblemente idear.

Escribir es diferente asunto.

Este es fácil arte pero arte siempre.

Errados andaban aquéllos que dijeron que hubo sabios verdaderos. Filósofos y pensadores sí existen. Escritores y literatos abundan dondequiera.

Thales y Sócrates antiguamente lo dijeron.

Afirmo yo también.

Todos afirman cuanto piensan. Pienso; luego existo.

Descartes acertó cuando dijo esto.

Solamente sé que afirmo.

Filosofías son lucubraciones y disparatadas teorías frecuentemente.

Sabiduría es cosa diferente.

Naturaleza y ciencia se compenetrán.

Arte es simbolismo del pensamiento: idealidad, fantástica creación, antítesis intelectual.

Libremente pienso y expreso cuanto pienso.

Estas son ideales expresiones: filosofía, literatura, arte, artificio, palabrería.

Bien dijo Hamlet, —“Palabras, palabras, palabras.” (\*)

JUAN F. FERRÁZ.

(\*) Este artículo puede leerse al derecho y el revés, palabra por palabra, y es solamente un juguete de lenguaje.

## RISAS Y LLANTO.

Escenas de la vida en Costa Rica.

(Continúa)

### CAPÍTULO VIII.

**N**O es posible comprender un carácter como el tuyo, Inés. Despreciar un asado tan gordo y apetitoso para mantenerse con tostadas de pan y granitos de arroz; eso es absurdo é inexplicable.

—No veo absurdo alguno en alimentarme con las cosas que me agradan, don Roque, como no encuentro nada de particular en que á U. le gusten las comidas sustanciosas. Eso depende de nuestra diferente organización.

—Qué organización ni qué tonterías son esas: también dirás que no sientes celos porque así estás organizada, y sin embargo, los celos son una cosa natural en las mujeres y á veces en los hombres.

—No conozco ni comprendo los celos, don Roque, porque ellos son consecuencia las más veces del amor propio ofendido, y yo no me creo ofendida de que otras mujeres llamen su atención. Si al contrario, son ellas las que se fijan y lo distinguen á U., lejos de mortificarme, me envanezco de tener por esposo á un hombre que guste, si es posible, á todas las mujeres.

—Nada de eso; no, señora, me engañas ó te engañas vos misma. No sientes celos porque nunca has sentido amor por mí. Si me quisieras, te sería muy duro que yo me dirigiera ó me gustara otra mujer. No soy tan tonto para no comprender mi situación.

Por mi parte, no puedo negar que las atenciones que te dirige ese animal del polaco llamado..... Caroskiz ó cosa parecida ma irritan ó encolerizan.

Es cierto; pero son los celos los que producen esa irritación y esa cólera; el orgullo y la vanidad herida son el móvil de sus molestias con un hombre que jamás me ha mirado siquiera. Ud. se mortificaba con el señor Racosky por que supone que el público notaría esas atenciones y Ud. se ha figurado y lo humilla el papel de marido burlado, mas en todo esto no hay amor. Si tal hubiera, los celos de Ud. probarían poca estimación y poca confianza en los principios con que he sido educada.

Como se ve de la conversación anterior, doña Inés daba á su esposo el tratamiento frío y respetuoso de Ud., que es mal síntoma en lo general. Don Roque usaba del *vos*, provincialismo que equivale al *tú*, y en este país sólo se *tutean* las personas cuyas relaciones íntimas tienen por origen el amor, la amistad y el parentesco muy cercano. Y como nuestro objeto al escribir esta historia no es otra que dar á conocer nuestras peculiares costumbres y modo de ser usaremos de la antigramatical manera de hablar, por más que ella sea nueva y desagradable para la vidad extranjera.

Al concluir doña Inés su última observación sobre los celos, el criado anunció á sus amos algunas visitas que esperaban en el salón. Don Roque saludó afectuosamente á los jóvenes don Julio Espinosa y Roberto Delgado y volvió á avisar á su mujer nombrándoles las visitas. Doña Inés que ya venía para el salón, al oír el nombre de Julio, en vez de continuar vol-



mente muerto debiera tener el corazón y las ilusiones trasnochadas quien no se sintiera regocijado en medio de un jardín de flores de perfume tan exquisito, como las que allí había, propias para trastornar el corazón del hombre menos enamorado y convertir en puro fuego una estatua de mármol que fuera.

Allí la morena de redondos y llenos contornos, apenas velados por tenue gaza, la rubia de soñadores ojos y blonda cabellera, como una imagen de Goethe; la de cutis blanco mate, que parecía de perlas y pelo negro como el azabache que en suelto manto flotaba sobre los hombros, todas tenían su representación, llenas de vida, de fuego, de abundantes flechas su carcaj con que herirnos á nosotros los pobres mortales.

De mí, sé decir que después de esquivar por mucho tiempo armas tan mortíferas, sentí agudo dardo en el corazón y vine á quedar rendido á los pies de un ángel de los que dudo mucho haya en el mismo paraíso celestial.

Es una criatura como de quince años. El broche de su inocencia aun no abierto, comprime un tallo de juncosa esbeltez; coronado por un rostro que Fidias mismo no hubiera podido retratar, tal la perfección, tal el encanto, tal la suprema gracia de aquellas facciones, como quien se veía en presencia de algo más que divino, se sentía uno inclinado á rendir la rodilla, si ella volvía apenas la mirada. No diré que era la reina por que había muchas competidoras al premio, pero se le acercaba mucho.

Había allí una cuyo traje retrataba la pureza de su alma.

Era blanco, blanquísimo como la nieve, de esa gaza que parece deshacerse entre los dedos y nos comunica la impresión de que envuelve algo vaporoso. Una que otra cinta de grana le daban variedad. Aquel era un conjunto encantador; grandes, muy grandes sus ojos y de un color entre azul y negro, que tan bien semeja las aguas profundas de un lago, la boca de una Venus de Milo, con labios como una grana y algo abultados, barba redonda y aterciopelado cutis. Me parece que el amor de una mujer así debe ser peligroso y sus celos frenéticos: pero conseguir la victoria, sería el laurel más preciado de cualquier hombre.

Como ondinas en un lago suelen divertirse aspergeando el agua en todas direcciones; y ya se consumen hasta el profundo, ya sobrenadan con agilidad, al rumor de las olas, así nuestras bellas se entretenían en cruzar sus fuegos á babor y á estribor; y ya mariposeando alegres; ya cuchicheando entre sí, "como bandadas de palomas" ya fingiendo enojos, siempre estaban encantadoras.

Al fin cansadas de tanto dulce farniente vino á terminar la reunión como á las tres de la mañana, hora en que todos se retiraron á sus casas, á saborear en el blando lecho las impresiones de tan grata noche.

Cartago, 28 de Julio de 1890.

ADELFO.

## NOTAS.

En el deseo de corresponder á la buena aceptación que ha obtenido "Costa Rica Ilustrada", procuraremos que en sus páginas haya la mayor variedad posible.

Con tal fin inauguraremos en nuestro número próximo una sección musical, dedicada á composiciones nacionales.

El maestro don Eduardo Cuevas ha compuesto expresamente para esta revista una preciosa mazurka de salón, titulada "Filigrana", la que creemos será del agrado del público.

Excitamos á los compositores del país á que nos presten su contingente á fin de dar movimiento á tan bello como interesante arte.

\*\*\*

El señor don Julián Parreño, Director de un importante Colegio de Santiago de Cuba, y que aprovechando las vacaciones se encuentra entre nosotros con el objeto de hacer estudios científicos, ha tenido la fineza de obsequiarnos con un ejemplar de sus *Elementos de Geografía Física*, y con un precioso artículo, escrito para "Costa Rica Ilustrada", el cual verán nuestros lectores en el número próximo,

Los *Elementos de Geografía Física* son una producción que honra á su autor, por que ella está llena de conocimientos útiles.

Gracias muy sinceras presentamos al señor Parreño, y deseamos que su estada entre nosotros se prolongue indefinidamente.

\*\*\*

El viernes 1º del presente mes, en la noche, llegó á esta Capital la Legación de la hermana República de Nicaragua, compuesta de los Doctores don Modesto Barrios, Ministro, y don Ladislao Argüello, Secretario. También se encuentra entre nosotros nuestro estimado amigo el Doctor don Manuel I. Morales, persona que ha ocupado muy importantes puestos en su país, el Salvador.

Al saludar á tan distinguidos caballeros, deseamos que su permanencia en ésta les sea grata.

\*\*\*

Agradable impresión nos ha causado la lectura del primer tomo de la *Lira Costarricense*, con que nos ha favorecido el señor Licenciado don Máximo Fernández.

Figuran en las páginas de tan precioso libro composiciones de los poetas José M<sup>a</sup> Alfaro, Juan Diego Braun, Rafael Venancio Calderón, Jenaro Cardona, Rafael Carranza, Graciliano Chaverri, Aquileo J. Echeverría, Justo A. Facio y Luis R. Flores.

Como uno de nuestros redactores, don Carlos Gagini, empezará dentro de poco á formar juicios críticos de dichas composiciones, nosotros nos contentamos con

decir que la *Lira Costarricense* es una cajita delicadamente esculpida, cuyo contenido es una colección de finísima pedrería.

Felicitemos de todas veras al señor Fernández por haber llevado á feliz término la publicación del primer tomo de la *Lira*.

\*\*\*

La velada anunciada á beneficio del Hospicio de Huérfanos, se verificó el 26 del mes pasado, en los salones del Gran Hotel. La concurrencia fué numerosa y en todo reinó el mayor orden y animación. Aplausos muy calurosos merecen, y los damos, á las personas que tomaron parte en esa fiesta caritativa.

Bien por tan nobles actos; no desmayar y adelante con la caridad.

\*\*\*

Y á propósito de velada, se prepara otra lírico-literaria, á iniciativa de los señores don Eduardo Cuevas, don Jesús Núñez, don Carlos Gagini y don Próspero Calderón, cuyo importante objeto es el de conmemorar nuestra gloriosa fecha, el 15 de Setiembre, trabajar en pro de la música y la Literatura, y coleccionar fondos para el Hospicio de Huérfanos,

Con tal fin se ejecutará una zarzuela en un acto, letra de don Carlos Gagini y música del maestro Cuevas.

Empieza, pues, á notarse el movimiento nacional artístico.

\*\*\*

Feliz viaje deseamos á los señores don Manuel Argüello, esposa é hija; don Félix A. Montero, don Juan F. Ferraz é hijo, don José Machado y Pintó, don Anselmo Volio y don Napoleón Millet, quienes han partido para Estados Unidos y Europa.

— —

Un ángel más ha volado á las regiones de lo desconocido. Había necesidad de aumentar el número en el coro celestial, y á los 16 años de edad ha desaparecido de este mundo de miserias la señorita Luisa Fonseca y Calvo. Desapareció para ir á posarse en el trono de Dios.

Acompañamos en tan justo dolor á su inconsolable familia.

— —

Hemos recibido *La Situación y La Idea*, periódicos que ven la luz pública en la ciudad de Cartago.

Deseámosles larga vida y corresponderemos el canje.

CARLOS.



## AVISOS.

## "RIGOLETO."

## Semnario Satírico Ilustrado.

*Se publica todos los lunes en Buenos Aires (República Argentina.)*

*Contiene magníficos gravados, caricaturas y artículos satíricos.*

## Precio de suscripción.

Un año.....	\$ 6-00
Tres meses.....	1-50
Número suelto.....	0-15

*Mostrará el primer número al que desee suscribirse,*

*El Agente,*  
Eduardo E. Fournier.

## Eduardo Cuevas

*Profesor de Canto y Piano,*

*Ofrece sus servicios.*

*Para solicitudes, en la Escuela Nacional de Música, los días Lunes, Miércoles y Viernes, de 6 á 8 p. m.;*

*En la Imprenta Nacional don Procopio Castro informará.*

## Importante al comercio y demás casas anunciadoras.

"Costa Rica Ilustrada," se publicará cada diez días y circulará en cantidad de 2,000 ejemplares por número.

Se admiten anuncios á precios reducidos.

## EDUARDO E. FOURNIER.

Se hace cargo de la Agencia de toda clase de Periódicos, Libros, Folletos, &, &.

OFICINA:

*En la Administración de "Costa Rica Ilustrada."*

San José, 10 de Julio de 1890.

**PRIMOROSOS** puños para bastones y los mejores relojes de oro enchapado para señoras y caballeros, acaban de llegar y se venden baratos en la tienda de

CARDONA & H<sup>o</sup>

Antiguo local de J. R. R. Troyo & C<sup>o</sup>

## JENARO CASTRO MENDEZ, CORREDOR JURADO Y COMISIONISTA.

Tiene el honor de ofrecer sus servicios al público en general y en particular á todas aquellas personas que han honrado con su confianza la firma

### ECHEVERRIA Y CASTRO.

Calle Central, N., frente á la Dirección de Obras Públicas.

Correo 103.—Cable, Méndez.

## INVITACION.

al público en general y particularmente al Comercio de la República.

### F. S. REISENBERGER

Agente exhibicionista de parte de varias Casas y Fábricas inglesas, ofrece diariamente en su habitación, Avenida Central, piso alto de la casa de O. von Schröter & C<sup>o</sup>, una completa exposición de artículos de comercio, donde se pueden realizar negocios directos con los fabricantes, en grande escala, ó indirectamente, por medio de negociantes de esta plaza, si el pedido fuere pequeño.

El interés público se llama atentamente á este respecto, y todo el que acuda al llamamiento, quedará sin duda satisfecho.

Este procedimiento es enteramente nuevo en Costa Rica.

Al mismo tiempo se exhiben muy curiosos objetos indígenas, é interesantes vistas de lugares casi desconocidos del país, fotografiados por

F. S. REISENBERGER.

Horas para los comerciantes, cualquiera durante el día.

" " el público, 11 a. m. á 4 p. m.